

## Epílogo

### En paz en la milpa.

W. George Lovell <sup>1285</sup>

“Mi abuela dice que no hicimos nada malo y que no tenemos nada que ocultar. Use su nombre verdadero, si quiere, y sáquele una foto. Cuénteles a la gente lo que nos pasó.” Paulino (**foto 1**) transmitió las palabras de la anciana sin demostrar emoción alguna. Su abuela, Magdalena González, estaba sentada en una banca haciendo trenzas, bandas de palma usadas en Guatemala para forrar el interior de los sombreros. Sus manos avanzaban con destreza. Una de las hijas de Paulino, Lucía, estaba tan cerca de Doña Magdalena como la elaboración de trenzas se lo permitía. Aunque las separaban 80 años o más, la niña y la matriarca vestían prendas idénticas: corte hecho de tela teñida y blusas de algodón cuyo tono rosáceo era realzado por cuellos bordados. Dos mujeres mayas que abarcaban cuatro generaciones, una pareja perfecta.

“Muy bien”, le dije a Paulino. “¿Por qué no empiezo por sacarle unas fotos a tu abuela con sus trenzas?” Paulino tradujo mi español al k’iche’. Doña Magdalena siguió trabajando, levantando la vista de vez en cuando conforme yo me movía por el patio. A todo mi alrededor se podía escuchar a la gente —rajando leña, deshojando mazorcas, lavando ropa— en los quehaceres domésticos. Todos hacían algo, incluso la pequeña Lucía, poniendo en hilera las tiras de palma.

“Me gustaría sacar algunas más de cerca. ¿Podrías pedirle a tu abuela que deje de tejer y mire directamente hacia la cámara?”

Paulino sirvió como mensajero una vez más. Su abuela dejó a un lado la trenza y le hizo señas a Lucía, quien se deslizó en la banca, acurrucándose muy cerca. Doña Magdalena me miró, sus ojos enfocados e inmóviles, su mirada penetrando la lente de tal forma que supe que tendría una imagen que hablaría por sí misma (**foto 2**). Presioné el disparador e hice una señal de agradecimiento.

“Dile a tu abuela que la próxima vez que escriba sobre tu familia haré lo que desea. No inventaré un nombre. Será ella misma”.

Paulino asintió. Reuní mi equipo y enfilé de vuelta hacia el jeep. Doña Magdalena observaba de pie desde la entrada al complejo familiar, hasta donde había llegado cojeando con el apoyo de su bastón. La esposa de Paulino, María, se las arregló para decir adiós con la mano

mientras sostenía a un bebé en sus brazos. Daría a luz a otro para cuando yo pudiera regresar.

— o —

La historia de Doña Magdalena es la historia sin contar de miles y miles de indígenas guatemaltecos. Nacida y criada en las tierras altas que rodean a Santa Cruz del Quiché, se casó en la época de Ubico siendo todavía una adolescente, trasladándose de su casa en San Sebastián a la de su esposo en San José, a unos pocos kilómetros de distancia. Si bien empezó en la pobreza, incluso según los niveles locales, la joven pareja vio cómo su situación mejoró con el transcurso de los años cuando, en vez de dar a luz a seis, ocho o diez hijos, Doña Magdalena sólo tuvo uno.

Diego era su gozo y orgullo. Consciente de lo duro que trabajaban su madre y su padre, y sin otros hermanos o hermanas que compitieran por su atención, Diego sabía que era mucho más afortunado que otros niños en San José. Por haber sido enviado cada día a la escuela en Santa Cruz, y por haber crecido en un hogar donde las necesidades de apenas tres personas debían ser satisfechas, se esperaba mucho de él. Las circunstancias favorables del hogar nunca lo echaron a perder. Aprendió a leer y a escribir, pero no a expensas de dominar el arte de trabajar la tierra, ya que Diego se convirtió en un buen agricultor que sabía bien que las parcelas que sus padres habían adquirido con arduo trabajo eran una propiedad que no debía ser desperdiciada. En la década de los sesenta se hizo miembro de Acción Católica, cuyas iniciativas logró canalizar para el mejoramiento de San José. Se construyó una escuela, se instaló el servicio de agua y se construyó un camino que comunicaba a San José con Santa Cruz. Después del terremoto de 1976, Diego congregó a los aldeanos y coordinó los esfuerzos para reconstruir la Iglesia. Emergió como un líder de la comunidad, respetado por muchos, aunque no por todos, ya que en San José había algunas personas celosas de su éxito y energía.

Los hijos que sus padres nunca tuvieron los tuvo Diego por ellos, cuatro niños y tres niñas. Si bien la presencia de más bocas que alimentar obligaba a estirar al máximo los recursos familiares, Diego se afanó para asegurar que sus hijos tuvieran las mismas oportunidades que él tuvo, sobre todo una educación rudimentaria. Lo que antes disfrutara una familia de tres ahora tenía que ser compartido entre once. La supervivencia, no la prosperidad, era la meta. Con Diego al mando los recursos alcanzaban hasta que llegó la represión.

Su conciencia social y su disposición comunitaria lo convirtieron en un objetivo obvio. En el ambiente de terror y miedo durante los ochenta, la "acción católica" de Diego fue interpretada como

“subversión comunista”. Los rumores empezaron a circular, avivados por el resentimiento de la envidia. Durante la peor época de matanzas, en 1981 y 1982, Diego salió de San José a trabajar y esconderse en la ciudad de Guatemala. Se encontraba en la capital cuando se enteró que la patrulla de autodefensa civil, la PAC, había asesinado a su padre por negarse a revelar su paradero. Cuando Diego regresó a casa para hacerse cargo del asunto, la PAC lo atrapó y lo asesinó a él también. Doña Magdalena y la esposa de Diego quedaron viudas, sus siete hijos – Paulino, el segundo, apenas tenía once años – sin padre. Eran víctimas de un conflicto armado perpetrado en nombre del anticomunismo, un conflicto armado en la que los civiles desarmados, como Diego y su padre, constituyeron la gran mayoría del cuarto de millón de bajas. Pasaría una década antes de que Doña Magdalena se armara de valor para contar su historia.

— o —

Conocí a Doña Magdalena mientras trabajaba con un colega en una serie de documentales acerca de los países en crisis, para la cual Guatemala fue escogida como un estudio piloto. La conocimos a través de un amigo mutuo. Para entonces Paulino se había convertido en el sostén económico de la familia, quedándose en San José para cuidar de su abuela mientras él y María empezaban una familia propia. En 1995, publiqué un libro que relata la versión de los eventos que tocaron la vida de Doña Magdalena, considerando prudente no revelar su verdadera identidad. Después de los acuerdos paz firmados en 1996, las iniciativas de derechos humanos emprendidas por la Iglesia católica y las Naciones Unidas alentaron a la gente a expresar su opinión sobre el conflicto armado, aún cuando su seguridad no podía ser garantizada. Fue entonces que me puse en contacto con Paulino para ver si él podría hablar con su abuela y conseguir su aprobación para que yo narrara lo que ocurrió en San José sin recurrir a seudónimos. Su consentimiento me permitió representar a Doña Magdalena bajo su propio nombre en una nueva edición de mi libro.

— o —

Viajé a San José una semana antes de Navidad. La firma del acuerdo de paz marcó un final formal a las hostilidades, pero el terror acechaba y la violencia continuaba. El obispo Juan Gerardi, quien encabezaba la investigación que realizaba la Iglesia católica de las causas y consecuencias del conflicto armado, había sido asesinado a golpes dos días después de que presentara un informe que le atribuía la mayoría de asesinatos durante la guerra a las fuerzas armadas nacionales, con

la participación de las patrullas de autodefensa civil organizadas y controladas por el Ejército. Si una figura tan prominente como Gerardi podía ser eliminada y sus asesinos podían escapar de la justicia, entonces los ciudadanos comunes como Doña Magdalena tenían que ser cautelosos. En San José, según supe después, los miembros de la PAC, los mismos hombres responsables de la muerte del esposo e hijo de Doña Magdalena, no sólo seguían libres sino también desempeñaban puestos de autoridad y estaban a cargo de los proyectos de desarrollo que alguna vez habían sido supervisados por Diego.

Llegué de improviso y caminé por el sendero que llevaba de la escuela hacia la casa de la familia. Un perro ladraba mientras me acercaba. Dos niños espiaban detrás de la ropa tendida al sol para ver quién se aproximaba. Reconocí a la pequeña Lucía, quien no había crecido mucho durante el año transcurrido. Corrió en busca de su padre. Paulino se sacudió la tierra de la mano antes de extenderla para darme la bienvenida.

“Buenos días, Jorge. Viniste a visitarnos. Nos preguntábamos cuándo lo harías.”

Me invitó a sentarme y me ofreció una taza de *atol*. Bebía sorbos mientras saludaba a la familia de todas las edades que se unió a nosotros en el patio. Doña Magdalena salió de su cuarto, adyacente a la entrada. No parecía haber envejecido desde la última vez que la vi, pero su cojera había aumentado. Paulino la ayudó a llegar a la silla. Le sonreí mientras se acomodaba. Me correspondió con otra sonrisa.

“Tengo un regalo para usted.”

Paulino tradujo mis palabras mientras le entregaba el obsequio.

“Estos son para que los repartas entre los niños”, le dije a Paulino.

La bolsa que tomó de mis manos estaba llena con crayones, cuadernos, dulces y chicles. Un par de chicos llegaron corriendo hasta donde estaba Paulino. Entretanto, Doña Magdalena sostenía el pequeño paquete como si no supiera qué hacer, mirándolo con curiosidad hasta que la esposa de Paulino le ayudó a desenvolverlo.

“Es un libro. Un libro con fotografías para que las vea”, le dije.

Ya que ninguna de las dos sabía leer, mucho menos en inglés, tomé el libro y lo abrí en la sección que contenía las fotografías. Señalé la imagen en la parte superior derecha de la primera página.

“¡Es la abuela!”, exclamó la esposa de Paulino. “¡Es la abuela con Lucía!”

Los niños que metían las manos en la bolsa que le había dado a Paulino corrieron al lado de su padre para ver por sí mismos. Sus gritos atrajeron a más niños. Doña Magdalena se unió a la algarabía con sus

propias exclamaciones. Luego se quedó callada, examinó la foto que estaba debajo de la suya con Lucía y dejó escapar la más fuerte de todas.

“¿Qué está diciendo?”, le pregunté a Paulino.

Debajo de la imagen de Doña Magdalena y su bisnieta había una foto de Rigoberta Menchú, la mujer maya que ganó el Premio Nóbel de la Paz en 1992 por su labor como activista de los derechos humanos. Fue el testimonio de Rigoberta, antes de que cualquier investigación fuera factible y de que las revelaciones acerca de las atrocidades fueran conocidas públicamente, el que alertó al mundo exterior sobre los horrores del conflicto armado en Guatemala. Doña Magdalena blandió el libro sobre su cabeza.

“Yo no seré tan famosa”, afirmó con una voz teñida de tristeza. “Pero la gente me verá en un libro y sabrá que Rigoberta y yo compartimos las mismas experiencias”.

— o —

Cuando visité San José dos años después me enteré por la mujer encargada de la tienda de la aldea que Doña Magdalena había fallecido. Me había observado estacionar el jeep y pensó decírmelo antes de que tomara el sendero hacia la vivienda de la familia. Le di las gracias y me maldije por no haber hecho el viaje antes.

Me encaminé hacia la casa, que encontré vacía. Ni siquiera un perro ladraba para advertir sobre mi presencia. Me anuncié en voz alta varias veces pero nadie respondió. Alguien había dejado una radio encendida. El sonsonete de la marimba era un lamento simbólico.

Sabía que los niños todavía estaban en la escuela —al pasar escuché una de las clases repitiendo a coro las tablas de multiplicar—, así que regresé a esperar en el patio de juego. Durante el recreo le pregunté a un maestro si podría ayudarme a encontrar a alguno de los hijos de Paulino. “Fui a la casa”, le expliqué, “pero no encontré a nadie. Me gustaría presentar mis condolencias. Alguien de la familia a quien yo conocí ha fallecido”.

El maestro me ayudó a localizar a la hija mayor de Paulino.

“Mi papá está trabajando en Santa Cruz. Regresará hasta la noche”, me dijo. “Mi mamá está en casa de mi tía. Voy a ir a llamarla”.

La niña se dirigió a una casa ubicada detrás de la tienda. Yo la seguí. María, la esposa de Paulino, apareció y me saludó.

“Lamento escuchar lo de Doña Magdalena”, le dije. “¿Sería posible que me llevara a visitar su tumba?”

María aceptó. Me llevó a un terreno a dos kilómetros de distancia. La familia no había enterrado a Doña Magdalena en el cementerio local, donde los asesinos de su esposo e hijo estarían algún

día, sino en un claro al que se llega atravesando milpas altísimas.

Una cruz de madera, pintada de rojo, distingue la tumba de Doña Magdalena de otras pocas que se encuentran en el mismo lugar. María se acercó y se paró sobre ella. Un bebé se asomó del rebozo que llevaba atado a la espalda. Una niña pequeña, sin zapatos, se aferraba a la falda de su mamá (**foto 3**). Sepultada en un claro junto a una milpa, la lucha de Doña Magdalena había terminado (**foto 4**).

Regresamos en silencio a San José. De la escuela que Diego había ayudado a construir se desbordaban hordas de niños que gritaban y corrían por todas partes, entre ellos varios hijos de Paulino y María. La escena tan llena de vida me levantó el ánimo.

Cuando llegó la hora de irme, María me preguntó si podía darle una copia de mi libro. Afortunadamente llevaba una conmigo.

“Aquí está, María. Pero recuerda que dejé un libro con Doña Magdalena cuando pasé a visitarlos hace un tiempo. Todos la admiramos en la foto, sentada junto a tu hija Lucía”.

María me miró y dijo, “El libro está en la caja, Jorge. Está en la caja con la abuela”.







